

memoria de Trottle toda traza de los recuerdos apenas evocados.

Sea como fuere, Trottle se contentó con lo visto y no pensó en intentar de nuevo el experimento.

—El lunes próximo, al anochecer— dijo corriendo en seco la charla de la vieja que volvía aún al eterno tema de la enfermedad de su caro Benjamin.—No puedo perder tiempo; debo marcharme en seguida. Tenga usted la bondad de abrirme la puerta.

Trottle tuvo que oír aún una bendición, salida de los labios de aquella horrible mujer, quien le recomendó, además, que no la olvidara en sus charlas con el excelente Mr. Forley, é hizo constar que le esperaba el lunes á la hora indicada.

Por fin, aclarados estos puntos, le abrió la puerta de la calle.

No hay que decir que Trottle sintió un bienestar, indecible al encontrarse fuera de la «casa por alquilar.»



CAPÍTULO VI

POR FIN LA CASA SE ALQUILA



eso es todo, señora,—dijo Trottle doblando el manuscrito que acababa de leer á su ama y dejándolo

sobre la mesa, mientras una sonrisa de triunfo aparecía en sus labios.—¿Me permitirá usted preguntarle su opinión sobre este asunto; me permitirá usted, señora, preguntarle si usted, señora,—no me ocupo de Mr. Jarber—cree que estoy en visperas de descubrir el misterio de la casa vecina?

Guardé silencio durante uno ó dos minutos.

Recobré el uso de la palabra, para preguntar á mi sirviente qué había sido del pobre niño secuestrado.

—Hoy es lunes, 20 de mes, le dije;—quero suponer que usted no ha dejado

transcurrir la semana sin procurar saber algo más del asunto.

—Lo adivina, señora; á excepción de las horas consagradas al sueño y á la comida,—respondió Trottle, puedo decir que no he perdido un minuto. Además, fijese usted en que yo le he leído solamente lo que he escrito, pero todavía no le he contado á usted lo que había hecho, y he hecho muchas cosas,

«Al escribir las hojas que he tenido el honor de leerle, fué mi intención demostrarle que, como Mr. Jarber, yo sabía también redactar una memoria. Ahora voy á contarle á usted la segunda parte de mi historia, tan brevemente como me sea posible. Lo primero que voy á explicarle, si usted me lo permite, será todo lo referente á los asuntos de Mr. Forley.

«Le he oído á usted muchas veces hablar de este asunto en diferentes épocas. Recuerdo que me contó que Mr. Forley no tenía más que dos hijas de su difunta mujer, ¿no es verdad? La mayor se casó, con el beneplácito de su padre, con un tal M. Bayne, poseedor de una gran fortuna y muy considerado en el Canadá.

Esta señora está aún en América; vive con su marido y se ocupa de la educación de su único descendiente, una niña que debe de tener en la actua-

lidad de ocho á nueve años. ¿Son exactas mis noticias, señora?

—Exactísimas, contesté.

—La segunda hija—prosiguió Trottle—prescindió de la voluntad de su padre y se burló de la opinión pública, fugándose de la casa paterna en compañía de un hombre de obscura procedencia, oficial á bordo de un vapor mercante, y que se llamaba Kirkland. No solamente no perdonó Mr. Forley á su hija este casamiento, sino que juró vengarse, por el escándalo causado, del marido y de la descastada que de tal modo olvidó sus deberes. Uno y otro lograron sustraerse de un modo definitivo aunque involuntario, á la venganza paterna, ya que el marino pereció en un naufragio durante su primer viaje, seis meses después de su unión clandestina con la señorita Forley, y ésta murió al dar á luz á su primer niño. ¿Son exactos los hechos, señora?

—Exactísimos.

—Ahora, pues estoy en regla con la historia de la familia Forley, volveré á mis indagaciones personales. El lunes último, le pedí á usted una licencia de dos días y empleé el tiempo para aclarar el misterio relativo á la casa de Benjamín. El sábado, cuando preguntó usted por mí, me había marchado sin su permiso en compañía de un amigo que

es primer pasante en el bufete de un abogado. Por la mañana fuimos á casa de un notario y allí compulsamos los dos el testamento de Mr. Forley padre.

«Pero dejemos á un lado por un instante el negocio del testamento y examinemos, si usted quiere, la repugnante figura de Benjamín.

»Hace cosa de cinco ó seis años, fui á pasar algunos días en casa de unos amigos que viven en la ciudad de Pendlebury. Uno de ellos, el único que aun vive, tenía una tienda de drogas, es decir una farmacia; fué allí precisamente donde conocí á uno de los médicos de la comarca que se llamaba mister Barchman.

El tal discípulo de Esculapio era no solamente médico sino también excelente cirujano. Hubiera podido adquirir una gran celebridad y llegar á una sólida reputación, sino hubiese sido un bergante en toda la extensión de la palabra. A pesar de su rango social, el bruto bebía como una esponja y jugaba como un condenado. En la ciudad de Pendlebury nadie quería tratos con él y en el momento en que me fué presentado el lamentable médico en la farmacia de mi amigo, el segundo doctor de la ciudad, llamado Mr. Dix, cuyo saber y sagacidad, distaban mucho de igualar los talentos de Barsham, había conquis-

tado casi toda la parroquia de la localidad.

«En cuanto á Barsham y á su anciana madre, todo el mundo extrañaba, dada la miseria en que vivían, que no hubiesen de recurrir á la caridad pública.

—¡Ah, ya comprendo, se trata de Benjamín y de su madre!

—Usted lo ha dicho, señora. El jueves pasado por la mañana, me dirigí á Pendlebury, á casa de mi amigo el farmacéutico, con la intención de interrogarle sobre lo que había sido de Barsham y de su madre. Mi amigo me notificó que uno y otra se habían ido de allí hacía cosa de cinco años.

«Pedía mi amigo algunos detalles, y en sus respuestas me reveló cosas muy singulares.

«Usted debe de recordar sin duda, señora, que la pobre Mistress Kirkland estaba enferma cuando el primer viaje de su marido. Vivía en una aldea llamada Flatfield, donde murió y fué enterrada. Hay que tener en cuenta que esa aldea de Flatfield está situada á algunas millas de Pendlebury y que fué Barsham precisamente quien, en calidad de médico, cuidó á la desgraciada. Su madre estuvo á su lado hasta su última hora, y era el buen Mr. Forley quien los había llevado á ambos á aquella casa. Ignoro si fué su hija

quien le escribió, ó si, por el contrario, supo su enfermedad de cualquier otra manera; lo cierto es que se encontraba entonces junto á ella. aunque hubiese jurado no volver á verla desde el día en que se casó.

«Un mes antes de dar á luz su hija, Forley se presentó en casa de ésta y se le veía pasear á menudo entre Flatfield y Pendlebury.

«No he podido averiguar lo que ocurrió entre él y los Barsham, pero sé positivamente que logró convencer al médico de que no se emborrachara, y eso extrañó á mucha gente.

«El doctor, pues, cuidó á la pobre mujer de la mejor manera que supo, y es cosa sabida que, después de la muerte de Kirkland, Barsham y su madre se marcharon de Flatfield, trasladaron sus muebles y salieron clandestinamente de noche yendo no se sabe donde.

«Por fin, es cosa sabida que al segundo doctor Mr. Dix, no se le fué á buscar desde la casa de mistress Kirkland, sino al fin de la semana que transcurrió entre *el nacimiento y el entierro del niño*; se le hizo venir para visitar á la madre que se moría, y esta muerte prematura, según la opinión de Mr. Dix, no provenía de remedios mal aplicados, sino que —para dar á cada uno lo suyo y particularmente para determinar la obra

del miserable Barsham—era culpa suya que la pobre mujer se hallaban en aquel terrible estado de debilidad.

—*¿El entierro del niño?*—dije interrumpiéndole agitada por la emoción.—Trottle, usted ha pronunciado la palabra «entierro» de una manera lúgubre y ahora usted me mira con ojos sombríos.

Trottle se inclinó entonces hacia mí y señaló con el dedo la ventana que abríase delante de la mía en la «casa por alquilar.»

—La muerte del niño está inscrita en el registro civil de Pendlebury, dijo á media voz, y Barsham es quien firmó el documento: un niño varón nacido muerto. El ataúd del niño está colocado exactamente al lado del de su madre, en la misma fosa, en mitad del cementerio de Flatfield. Pero el niño vive y respira; tan cierto estoy de ello, como de encontrarme cerca de usted; le retienen prisionero en esa casa con el fin de hacerle perder la razón.

Al oír estas palabras caí de espaldas en el fondo de mi sillón.

—Todo esto, sea dicha la verdad, no es más que una hipótesis, por lo menos hasta el presente; pero á mí se me ha encajado en la cabeza, y lo creo, como si fuese la misma verdad. Vamos, vuelva usted en sí, señora, y piense en lo

que acabo de decirle. La última vez que ví á Barsham fué cuando cuidaba á la hija de Mr. Forley y al fin le he encontrado en la casa del mismo Mr. Forley, en Londres, encargado de vigilar el secuestro misterioso del niño.

Considere, usted, pues, que hace cinco años este miserable y su madre se marcharon clandestinamente, sin decir nada, de la ciudad de Pendlebury y que ahora les vuelvo á encontrar aquí, frente á nuestra casa, guardando á un pobre niño de cinco años. Un momento, un momento, señora, todavía no he concluido. El contenido del testamento del padre de Mr. Forley contribuye también á hacer más verosímiles mis sospechas. El amigo en cuya compañía fuí á la Cámara de los Comunes, ha podido hacerse con el secreto de este documento y cuando hubo acabado la copia, le formulé redondamente estas preguntas:

—¿Mr. Forley, puede dejar su fortuna como mejor le parezca y á quien le plazca?

—No;—respondió mi amigo:—su padre solo le dejó el interés vitalicio de su fortuna.

—Pero suponiendo que una de las dos hijas de Mr. Farley tenga un descendiente varón y la otra un descendiente

hembra, ¿qué sería de la fortuna paterna?

—Es al hijo varón á quien pasaría por entero; y éste, heredero absoluto, estaría obligado á pagar una renta anual muy pequeña, relativamente, á su prima.

Después de la muerte de ésta, la herencia debería volver á los herederos varones de su primo.

—Ponga usted toda su atención en este punto, señora; el descendiente de la hija á quien Mr. Forley odiaba y cuyo marido escapó por la muerte á las venganzas del suegro, es precisamente el dueño verdadero de toda la fortuna paterna. Note usted, finalmente, que la hija predilecta queda siempre bajo la dependencia del descendiente varón, fruto del amor, y ello ocurrirá durante toda la vida de éste.

Existían, pues, motivos poderosos para que este niño de Mistress Kirkland fuese registrado como nacido muerto en los libros de la parroquia.

Ahora bien; si, como yo imagino, la indicación del registro fué escrita según un certificado falso, existen razones de peso para suponer que han procurado ocultar la existencia de este niño y que se ha acudido á todos los medios para borrar todo rastro de parentesco, sequestrándole en el desván de la casa

que usted sabe, la que está frente á la de usted.—

Al pronunciar las últimas palabras, Trotte señaló con el dedo la ventana de la persiana corrida, cubierta de moho, ennegrecida por el tiempo, situada á mano derecha de la casa.

En este preciso momento un ruido inesperado nos sobresaltó á los dos; por lo que á mí se refiere, confieso que una nonada basta para espantarme. Este ruido no era más que un golpe dado á la puerta de la sala en que nos encontrábamos.

Mi camarera me traía una carta en la bandeja.

Me apresuré á abrir esta carta escrita en papel de luto, y luego de haberla leído dejé caer el papel en el suelo; todo mi cuerpo temblaba.

Jorge Forley había muerto. Había entregado su alma al Criador tres días antes, el viernes por la tarde.

—¿Habremos perdido con él la última esperanza de descubrir la verdad?—interrogué á Trotte. —¿Habrá muerto Forley llevándose su secreto?

—Valor, señora, no creo que el problema sea insoluble. Cierto que nuestra única esperanza es la posibilidad que nos queda de hacer confesar de plano á Barsham y á su madre. Si no me engaño, la muerte de Mr. Forley privándoles de

todo recurso, les pone enteramente á nuestra merced. Si usted me lo permite, no esperaré hasta el anochecer, como era mi intención, para hacer arrestar á estos dos miserables.

—Tengo la absoluta confianza, con la ayuda de un polizón disfrazado de burgués que vigilará los alrededores y no les dejaré escapar en el caso de que intentaran recurrir á la fuga, con la ayuda de esta participatoria que certifica la muerte de Mr. Forley y gracias á la declaración formal que puedo hacer del descubrimiento de su secreto y de la resolución en que estoy de perseguirles personalmente si á ello me fuerzan, tengo absoluta confianza, digo, de doblegar á mi albedrío al hijo y á la madre. En caso de que me fuera imposible volver aquí antes de anochecer, colóquese usted en su sillón junto á esta ventana, algunos momentos antes de la hora en que se acostumbra á encender los faroles. Si usted vé entonces que la puerta de la casa que dá á la calle se abre y se cierra en seguida, tenga la bondad de ponerse el sombrero y venir en seguida á reunirse conmigo. Nadie sabe si la muerte de M. Forley impedirá ó no la llegada de su mensajero, como se había convenido. Si, como yo supongo, el individuo que ha de venir comparece á la cita, me parece muy natural y

al mismo tiempo eficaz que usted, en calidad de pariente de Mr. Forley, hable á este individuo con la autoridad que usted tiene y que yo no podría asumir en ningún caso.

Todo cuanto pude decir á Trottle, en el momento en que abrió la puerta para marcharse, fué recomendarle la mayor prudencia y circunspección, á fin de que no causara daño ninguno á la pobre criatura secuestrada en la casa misteriosa.

Así que volví á éstar sola, me apresuré á colocar un sillón junto á la ventana y fijé mi vista en aquella casa de crímenes. Permanecí allí mucho tiempo retenida por la impaciencia que sentía, cuando de pronto el ruido de un carruaje que se detuvo en la esquina de la calle me hizo volver los ojos en aquella dirección.

Ví entonces á Trottle que salía del coche y se dirigía hacia la casa, en cuya puerta se detuvo para llamar.

La madre de Barsham le abrió.

Dos minutos después, un individuo decentemente vestido vino á pasearse por los alrededores de la casa, la examinó atentamente y se deslizó hasta la esquina de la calle próxima donde quedó de pie, inmóvil como una estatua. Encendió un cigarro y empezó á echar

bocanadas de humo sin perder nunca de vista la puerta de la casa.

Por lo que á mí toca, presté la más escrupulosa atención á todo lo que pasaba. Esperé los acontecimientos con los ojos fijos en la puerta del fatal edificio.

Al fin me pareció que la puerta se abría y se cerraba y quedé persuadida de no haberme engañado.

Hice un supremo esfuerzo para recordar mi ardimiento, pero temblaba de pies á cabeza tan exageradamente, que me ví obligada á llamar á Peggy para que me ayudara á ponerme el sombrero y el abrigo. Y lo que es más, tuve que apoyarme en su brazo para poder atravesar la calle.

Trottle nos abrió la puerta antes de que hubiéramos llamado.

Peggy, por orden mía, se volvió á casa, mientras yo penetraba en el interior de la casa misteriosa.

Mi criado tenía en la mano derecha una lámpara encendida.

—Ha sucedido lo que había previsto, señora—murmuró él á mi oído, en tanto que me introducía en un salón desamueblado, de aspecto lóbrego y siniestro. Barsham y su madre han escuchado la voz de su interés y se han prestado á un arreglo. Mis conjeturas

ya no son tales conjeturas á estas horas. He descubierto enteramente... toda la verdad.

Un sentimiento singular, que no conocía aún, un sentimiento propio de las mujeres que son madres, nació de repente en mi corazón y me hizo derramar dulces lágrimas que me recordaron las de mi juventud.

Tomé la mano á mi fiel criado y le rogué que me llevara hasta el pobre niño de mistress Kirkland.

—Bueno, señora, cúmplase vuestro deseo—replicó Trottle con una dulzura en la voz y en el gesto que jamás había conocido en él.—Pero por el amor de Dios no me acuse usted de dureza ni de indiferencia si le suplico á usted que espere un momento todavía. Usted se siente presa de una agitación que podría resultar comprometedora y le impediría obrar con la necesaria serenidad cuando el enviado de Mr. Forley comparezca. El pobrecillo está en seguridad allá arriba. Por favor, recobre usted la serenidad para recibir á este enviado y tenga usted la seguridad de que no saldrá usted de aquí sin llevarse al niño en sus brazos.

Comprendí que eran justas las palabras de Trottle y me dejé caer en un sillón que él había traído allí anticipadamente para hacerme sentar.

Me avergonzaba tanto en mi interior de que uno de mis parientes hubiese cometido una acción infame, que cuando Trottle me propuso enterarme de las declaraciones de Barsham y de su madre, le rogué que no me participara estos detalles, y que se limitara á contarme lo que sabía sobre Jorge Forley.

—Todo lo que he podido saber de esta terrible historia, señora, es que mister Forley ha tenido la poca conciencia de ocultar la existencia del niño, con los exquisitos cuidados, á fin de destruir su filiación. No se atrevió á hacerlo matar; su intención era desembarazarse de él, cuando fuera mayor, enviándole lejos, sin compañía; expatriándolo, en una palabra. Ha dirigido esta acción infame con una astucia realmente satánica. Mr. Forley tenía dominados á los Barsham; ellos le ayudaban en su cruel maquinación y él daba á estos el pan necesario para su innoble existencia.

Con objeto de vigilarlos mejor, los trajo á Londres y los instaló en esta casa desocupada, donde antes vivía su apoderado, al que desalojó bajo el pretexto de que quería ocuparse él mismo de sus negocios. Usted sabe ya, señora, qué medios empleó para alejar á los inquilinos; y estos medios le dieron excelente resultado, pues nadie supo la existencia del desgraciado niño. Nada más fácil

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

anda, 1625 MONTE REYES, MEXICO

que venir él mismo en persona á asegurarse del cumplimiento de las órdenes que había dado para hacer morir de hambre al niño abandonado; se presentaba en la casa bajo el pretexto de visitar su inmueble.

El desdichado, puesto bajo la vigilancia severa de Barsham, pasaba por hijo de la familia, y así que hubiera tenido la edad suficiente para poder prescindir de él, se hubieran desembarazado de su persona dándole un empleo tan modesto como fuera posible para satisfacer la venganza prometida de mister Forley. Quizá habrá pensado en arrepentirse á su hora postrera, pero, créame usted, señora, en todo caso, habrá sido únicamente en su última hora.

Apenas mi criado acababa de hablar, un golpe resonó en la puerta.

—Es el enviado de Mr Forley—murmuró Trottle en voz baja.

Y sin decir una palabra más, salió de la sala para ver quién era.

Volvió un momento después seguido de un individuo de aspecto respetable y de edad avanzada, vestido, como mi criado, de negro, de pies á cabeza, con una corbata blanca alrededor del cuello. Sin embargo debo confesar que aquel hombre no se parecía en nada á mi criado.

—Quizá me he equivocado—observó. Trottle se apresuró á informarle y le declaró con voz firme que no había sufrido ninguna equivocación. Le dijo quién era y le preguntó gravemente si venía para arreglar asuntos del difunto mister Forley.

—Sí—replicó el anciano con aire estupefacto.

Hubo un momento de silencio después de esta respuesta, y lo aproveché para examinar al desconocido, quien además de parecer muy extrañado, dejaba traslucir que temía haberse comprometido seriamente.

Después de madura reflexión me creí entonces en el deber de aconsejar á Trottle que pusiese fin á esta violenta situación contando á aquel individuo todas las peripecias de su descubrimiento, sin restricción alguna, como lo había hecho conmigo misma. Rogué al propio tiempo á aquel hombre que escuchara con atención, para que formase un juicio exacto de la conducta del difunto Mr. Forley.

El individuo me saludó respetuosamente y respondió que se disponía á escuchar con la mayor atención.

Comprendí, como Trottle seguramente, que tratábamos con una persona decente.

—Permítame usted—dijo con acento

conmovidó que no trató de disimular, así que Trotte hubo concluído su explicación—permita usted, que antes de emitir el menor juicio sobre lo que usted acaba de explicarme, me disculpe y le dé cuenta del motivo por el cual me encuentro en apariencia ligado á tan extraño misterio.

»Yo era el apoderado del difunto mister Forley; éste me confiaba sus secretos y últimamente me nombró su albacea. Hará cosa de dos semanas, Mr. Forley, que había caído enfermo, me llamó y me rogó que viniera aquí con una cantidad que debía entregar á un hombre y á una mujer que tenían á su cuidado esta casa.

El pariente de usted me declaró que por motivos secretos quería que nadie supiera el objeto de mi visita y me suplicó que arreglara las cosas de manera que mi cita con esos inquilinos tuviera lugar el lunes pasado ó este lunes á entrada de la noche. Añadió que me agradecería mi conformidad con sus designios porque escribiría á las personas que debían esperarme, sin mencionar mi nombre, que es Dalcott; no quería—dijo—exponerme á que me importunaran el hombre y la mujer con quienes había de tratar.

Usted comprenderá fácilmente, señora, que no pudo dejar de parecerme

algo extraño este encargo; pero, teniendo en cuenta mis relaciones con Mr. Forley, me consideré obligado á aceptar lo que exigía de mí sin presentar la más mínima objeción; de otra suerte hubiera debido resignarme á ver rotas para siempre mis relaciones de amistad que databan de muy antiguo.

Mis ocupaciones me impidieron acudir á la cita convenida el lunes pasado, y si usted me ve en este lugar, señora, en este momento, á pesar de la muerte de Mr. Forley, ello se debe á la única razón de querer también descubrir el misterio que necesitaba conocer en mi calidad de ejecutor testamentario. Estas es, bajo mi palabra de honor, la verdad escueta, al menos por lo que á mí se refiere.

—Le creo á usted sin la menor duda—le respondí.—Pero usted ha hablado de la muerte repentina de Mr. Forley. ¿Puedo tomarme la libertad de preguntarle si asistió usted á sus últimos momentos y si le ha encomendado á usted alguna misión especial?

—Tres horas antes de entregar su alma á Dios,—replicó Mr. Dalcott—mister Forley despidió á su médico, quien le daba esperanzas de un pronto restablecimiento. Pero su estado empeoró tanto y con tal rapidez, que sufría intolerablemente

blemente y le fué imposible confiar á nadie sus últimas voluntades. En el momento en que llegué al dintel de su casa, había ya perdido el conocimiento y cuando entré en su habitación era ya difunto. Después del fin desdichado de Mr. Forley, he repasado todos sus papeles y no he encontrado nada que se relacionara con el asunto que nos interesa á usted y á mí. Usted comprenderá que faltádome documentos debo obrar con gran prudencia; pero al propio tiempo le prometo á usted portarme con la más estricta honradez en el cumplimiento de mis funciones.

Lo primero que debe hacerse, en mi opinión—dijo dirigiéndose á Trottle—es hacer comparecer delante de nosotros al hombre y á la mujer que están en la cocina y obligarles á dar explicaciones. Si le es posible procurarse recado de escribir, consignaremos las declaraciones de cada uno por separado en presencia del polizone que está por los alrededores de la casa.

Mañana enviaré un duplicado de estas declaraciones y una relación detallada de todo lo que usted me ha contado á los Sres. Buyné, que viven en el Canadá los cuales me conocen ya en calidad de apoderado del difunto Mr. Forley; luego esperaré, antes de pasar adelante, la llegada de sus instruccio-

nes ó la visita de su abogado que reside en Londres.

Me parece que según se presentan las cosas, esta manera de obrar sería la más segura.»

Trottle y yo convinimos en afirmar que á M. Balcott le asistía la más completa razón y le expresamos nuestro agradecimiento por habernos hablado tan francamente y por tratarnos con tanta deferencia. Convinimos pues los tres que yo mandaría á Trottle en busca del papel, la tinta y las plumas necesarias y también, detalle que hizo llegar al colmo mi alegría, que el pobre huérfano estaría bajo mi cuidado y vendría á dormir á mi casa.

Trottle se apresuró á subir las escaleras de cuatro en cuatro, con la ligereza de un muchacho para traerme al pobrecillo.

Al cabo de algunos minutos comparció mi fiel criado con el niño en los brazos. Caí de rodillas ante aquella pobre criatura, víctima inocente, huérfano perseguido, y le pregunté después de besar sus mejillas si querría venir conmigo á mi casa.

El pobrecillo me examinó en silencio algunos segundos, cerró los ojos y volvió á abrirlos para examinarme de nuevo. Al fin se echó en mis brazos exclamando:

—¡Sí! voy con usted en seguida; enseñuida!... ¡Vamos!

Dí gracias á Dios de haber así inspirado al pobre niño esta confianza completa en mi persona; y aún en la actualidad doy gracias al Cielo por todo lo que entonces aconteció.

Envolver en mi abrigo á aquel niño enfermizo y llevármelo á casa, fué toda cuestión de un instante. Peggy quedó estupefacta al verme subir las escaleras con un cuerpo informe en mis brazos y dos flacas piernas danzando á cada lado; pero apenas vió al niño se puso á llorar como correspondía á una mujer de buen corazón. Peggy lo es en grado sumo y aún continuaba derramando lágrimas cuando me vió colocar al pobre niño, de cuerpo ennegrecido por la miseria, en la cama de Trottle, en la que no tardó mucho rato en quedar dormido.

—¡Ah, Trottle, sea usted bienvenido! —exclamé entonces besando la mano á mi buen criado, que me había seguido.—El niño secuestrado encuentra albergue, gracias á sus cuidados y desvelos; y Dios le tendrá á usted presente esta buena acción.

Trottle me respondió que estaba á mi servicio y que había obrado de aquella suerte para serme agradable; luego

bajó las escaleras, y, abriendo la puerta que daba á la calle, se quedó durante un cuarto de hora mirando hacia afuera.

Toda la noche que siguió á los acontecimientos que acabo de relatar, velé al niño de Mistress Kirkland, permaneciendo á su lado soñando en el divino Niño cuyo advenimiento se celebra por Navidad. Entonces me pasó por las mientes un proyecto que me resolví á poner en ejecución, proyecto que á estas horas ya está realizado y constituye la dicha mayor de mi vida.

—¿Le parece á usted, Trottle—dije á éste,—que el albacea de Mr. Forley, consentiría en vender la casa de enfrente?

—¿Por qué no, señora, si se presentara algún comprador?

—Yo soy quien tiene este capricho,

Muchas veces había visto en el rostro de Trottle la expresión de un sentimiento de alegría, pero jamás este sentimiento llegó en él á tan alto apogeo como al saber de mis labios cuales eran mis proyectos.

Quiero terminar brevemente esta larga historia, tanto más larga cuanto vieja es la que la conté; sabido es que por lo común, las personas de mi edad no interrumpen su charla sino á la fuerza;—compré la casa.

Mistress Bayne demostró tener en las venas sangre paterna; declinó toda responsabilidad en lo relativo al niño de su hermana y renunció tomarlo bajo su protección. El niño quedó pues huérfano y desheredado.

¿Qué me importaba á mí? Ya había previsto esta circunstancia, porque quería á la pobre criatura tanto más, cuanto que no tenía en el mundo más que á mí para quererle y protegerle.

Compré la casa, como dije, é hice renovar por completo su interior con el fin de convertirla en un *Hospital de niños*.

No les contaré de qué manera mi hijo adoptivo se familiarizó poco á poco con los ruidos y los gritos de la calle, que tanto placer causan á los otros niños y que á él le extrañaban al principio hasta el punto de infundirle verdadero pánico; no contaré detalladamente como en poco tiempo se volvió sociable, simpático, animado, amigo del juego y de los compañeros que le escogí...

En el momento en que escribo estas líneas, fijo mis ojos al otro lado de la calle y miro al través de la ventana de «mi hospital» la sala en la que mi niño adoptivo está jugando con sus amigos.

Veo á mi tesoro poniéndose detrás de Trotter, con la cabeza metida en el

chaleco de éste, divirtiéndose en ocultarse para que yo no le vea.

Veo á mucha gente en la casa misteriosa que ya no está abandonada como antes.

Entreveo á muchas personas en la casa del crimen, á la cual se ha devuelto la claridad de la dicha, la salud de todos lo que la habitan.

Mi hijo se ha convertido en un niño muy inteligente, afectuoso y los pobrecitos niños que admito en aquella bendita casa mejoran de día en día.

¡Recibe, pues, mi humilde gratitud, oh, divino Niño, tú á quien la viuda, el huérfano, los pobres enfermos, se complacen en llamar padre!

FIN